



BOLETIN MENSUAL DE LA ORDEN MINIMA FRANCISCANA
JUNIO DE 2012 Número 126 Donativo \$7.00 M.N.

Roma



"¡Yo te digo que tú eres Pedro...!"

“¿Y sobre esta piedra edificaré Mi Iglesia!”

La magnitud de estas palabras de Cristo a San Pedro pronunciadas aquel gran día en Cesarea de Palestina, tienen una resonancia que trasciende los cielos y los siglos en la Iglesia Católica, las cuales fortalecen y consolidan nuestra fidelidad a esta Iglesia Santa, única arca de salvación, cuyo único fundador y cabeza es Cristo, el cual ha querido tener en San Pedro un jefe supremo que con el testimonio de su vida, confirmase a sus sucesores en la fe, extendiendo ésta sobre la Cristiandad entera; no en esas pequeñas iglesias como pretenden los protestantes, sino en una única y grande Iglesia: la Católica, Apostólica, Romana, aunque por desgracia, los enemigos encarnizados han querido rebajarla al nivel de las falsas religiones.

El presente mes de junio es para las Mínimas de grandes fiestas patronales, pero en vista de la situación eminente en el combate de la Tradición y fidelidad a nuestra fe, que hemos venido mencionando en nuestro boletín mes por mes con exhortaciones y reflexiones para todos ustedes, damos preferencia una vez más en este número a ese empuje, con motivo de la fiesta del Príncipe de los Apóstoles. No caminamos en una situación común de tal manera que nos crucemos de brazos. Desde hace más de dos años, nuestro Superior General de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X nos ha lanzado a una cruzada de oraciones debido a la gravedad de la crisis actual en la Iglesia. Sabemos su profunda intención al pedirnos





con insistencia que permanezcamos por la oración y sacrificio unidos íntimamente a Nuestro Señor y a su Santísima Madre meditando el rezo diario del Santo Rosario y no contentándonos sólo con la repetición mecánica de las palabras, sino dándole ese enfoque sobrenatural que nos exige nuestra fe. Es así cómo por medio de esta unión, sacerdotes y fieles de la Tradición, arrebatemos del Corazón Sacratísimo de Jesús y de su Santísima Madre la gracia de las gracias: que a la Esposa de Cristo, su Iglesia, se le devuelva el esplendor y la pureza de la fe en su doctrina y en sus dogmas.

Supliquemos se realice ya la consagración de Rusia como lo pidió la Virgen Santísima en Fátima, e imploremos el triunfo de su Inmaculado Corazón. Estas miras sobrenaturales nos deben

animar a confiar cada vez más en el poder de la oración superando nuestros temores naturales. Así, queridísimos fieles, con plegarias fervorosas acrecentando la virtud de la esperanza en este milagro del cielo, no decaiga nuestro ánimo.

Si nuestros Obispos y Sacerdotes combaten por medio de sus exhortaciones y escritos, a nosotros nos corresponde ayudarlos con la oración y una vida cristiana digna de un hijo amante de la Iglesia. Sólo así podremos demostrar nuestra fidelidad al magisterio de la Iglesia, siendo piedras brillantes del edificio que nos constituirá herederos de su reino.

Tengamos una firme esperanza en las promesas divinas que se dirigieron a San Pedro cuando fue elevado a dignidad tan sublime por el mismo Cristo, y pidamos al Príncipe de los Apóstoles, nos al-



cance las gracias que necesitamos de perseverancia, que seamos constantes en la recia batalla que hay que sostener, que nuestros Obispos sigan siendo los transmisores de la verdad alimentándonos con sus palabras y la santidad de sus vidas, que vuelvan a la unidad de la fe todos cuantos se han desviado y han apostatado, que se conviertan los enemigos que han querido ofuscarla con sus errores y blasfemias arrojando a nuestro Rey de sus iglesias queriendo derribarlo de sus altares.

Para mayor confianza en la postura que debemos seguir en los momentos actuales, cuando esperamos una aceptación sin condiciones de parte de Roma para continuar en la defensa de la verdad católica, nos es provechoso leer y meditar los puntos de vista que los Santos Pon-

tífices escribieron en sus encíclicas acerca de los errores que debemos rechazar sin titubear porque van directamente contra las verdades de la Iglesia Católica. Sin embargo, estemos persuadidos de que las tribulaciones son un combustible que fortalece el espíritu y debemos esperar contra toda esperanza el triunfo de la Iglesia. Las tinieblas espirituales por las que pasamos son permitidas por la sabiduría de Dios, y vienen siempre acompañadas de la gracia; porque las palabras infalibles de Cristo: “Las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella” son de un poder invencible. ¡Estemos firmes en nuestra fe!

Digno ejemplo de un glorioso pontificado es el de San Pío X, venerable sucesor de los Apóstoles. Hombre de Dios que mien-

tras buscaba la oscuridad, Dios lo elevó a la Cátedra de Pedro para que con la luz de su santidad y ciencia iluminara los días tenebrosos de las terribles ideas del modernismo filosófico y teológico.

Su primer documento pontificio al mundo entero es un verdadero grito de lucha: “Hay que destruir todo lo opuesto a Cristo”, no teniendo otra mira que aquella de “... restablecer todas las cosas en Cristo...” (Ephes. I, 10) “...a fin de que Cristo sea todo y en todos...” (Col. III, 11). Éste será el lema de su pontificado.

En su primera encíclica *E supremi apostolatus* escribe: “Los intereses de Dios son también los Nuestros, en los cuales hemos prometido emplear todas Nuestras fuerzas y aun Nuestra misma vida. Por lo cual si se nos pide una divisa que sea la expresión de Nuestra voluntad, siempre presentaremos esta sola: restablecer todas las cosas en Cristo”. Dignas palabras de un Supremo

Pontífice. Buscar que Cristo sea todo en una sociedad, buscar su reinado en esta misma sociedad, que este mundo en donde reina el egoísmo, en donde se ataca con rabia a la religión, en donde se combaten los dogmas de la fe y se hacen enconados esfuerzos por impedir y aun por aniquilar todo medio de comunicación del hombre con Dios, regrese a Dios por Jesucristo, fue el único objeto de este Santo Padre.

Igualmente, su preocupación por la formación de buenos y santos sa-



cerdotes fue una de las más grandes. En la misma encíclica escribe: "...organizar y gobernar con acierto los sagrados seminarios, de modo que florezca en ellos con igual pujanza la integridad de la doctrina y la santidad de las costumbres".

Ése es el papel del Papa como lugarteniente y representante de Dios en la tierra, velar por que se conserve la integridad y pureza de la doctrina y de esa manera se conservará la santidad en las costumbres. El Papa debe guardar incólume el depósito de la fe, sin quitar o poner nada que vaya en contra de la misma, sino solamente entregando lo que ha recibido: *Tradidi quod accepi*.

Continúa el Santo en su encíclica: "Nosotros, venerables hermanos, vigilaremos con diligencia suma para que los miembros del clero no sean engañados por las asechanzas de una cierta nueva y engañosa ciencia que no tiene el buen olor de Cristo, y que con falaces y capciosos argumentos procura introducir los errores del racionalismo o semirracionalismo, contra los cuales ya prevenía el Apóstol a Timoteo cuando le escribía: 'Guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras y las objeciones de una falsa ciencia cuyos prometedores han naufragado en la fe'." (I Tim. VI, 20 s.)

Ya preveía San Pío X las nuevas doctrinas que se infiltrarían en la Iglesia, y desde entonces quiso poner el remedio lanzando una condena de los errores modernistas

en su encíclica *Pascendi*, y defendiendo la integridad de la fe, actuando como Padre de la Iglesia, como el supremo Pastor que vela por su rebaño y lo defiende de los lobos vestidos con piel de oveja.

Amadísimos hermanos en Nuestro Señor, la cruzada del rosario ha llegado a su fin, pero eso no quiere decir que debamos de dar término a las súplicas que elevamos al cielo por el triunfo del Corazón Inmaculado de María y por el retorno de Roma a la Tradición. Ahora más que nunca debemos continuar pidiendo a Dios que se digne acoger favorablemente los millones de rosarios que hemos ofrecido a su Santísima Madre en favor de la Santa Iglesia.

Roguemos también para que el sucesor de San Pedro, el Santo Padre, vele por la Esposa Inmaculada de Cristo que le ha sido confiada, volviendo a la Tradición católica que nos asegura la pureza de la doctrina en la verdadera fe, la fe de siempre que han defendido innumerables Papas a lo largo de la historia de la Iglesia.

Invoquemos a los gloriosos San Pedro y San Pablo, que murieron por defender la fe dando testimonio de la divinidad de nuestro Salvador, no temiendo padecer cualquier tormento por el Nombre de Jesús y demostrando con obras aquella respuesta: "Sí, Señor, Tú sabes que te amo". Pidámosles que extiendan su protección sobre la Santa Iglesia y sobre sus sucesores en el trono pontificio.



Oh San Pío X, gloria del sacerdocio, esplendor y ornamento del pueblo cristiano; tú en quien la humildad parecía hermanarse con la grandeza, la austeridad con la man-

sedumbre, la sencilla piedad con la profunda doctrina; tú, oh Pontífice de la Eucaristía y del catecismo, de la fe íntegra y de la impávida entereza, vuelve tu mirada a la Igle-

sia Santa, a la cual tanto amaste y consagraste lo mejor de los tesoros que, con mano pródiga depositara en tu alma la divina Bondad. Amén.

Imploremos especialmente el socorro perpetuo de María sobre la Iglesia de Cristo y su Vicario. Ella,

que es la Medianera de todas las gracias, no dejará de socorrer a quienes le piden continuamente, por medio del Santo Rosario, el triunfo de la Iglesia, por la cual Cristo Nuestro Señor ha derramado su Sangre.



¡Bendito 70° aniversario!

Por medio de estas breves páginas de nuestro boletín, hacemos extensivas nuestras acciones de gracias a Dios Nuestro Señor, en primer

lugar, por los infinitos beneficios

con que nos ha sostenido a lo largo de este camino en su santo servicio; por concedernos llegar el día de hoy, a los 70 años de vida de esta Obra del Desagravio y reparación a la Divina Justicia. Después de Él, manifestamos nuestra profunda gratitud a nuestra reverenda e involi-

dable Madre Conchita, que ha sido la piedra fundamental en los cimientos de la Obra, escogida por la Providencia Divina por la grandeza de alma que demostró durante toda su vida al entregarse sin reserva al cumplimiento de la misión que Nuestro Señor le confió. Finalmente agradecemos a todos nuestros amigos y bienhechores, que ayer como hoy, han sido y siguen siendo los

instrumentos dóciles para sostener y propagar esta bendita Obra. Pedimos para todos ustedes bendiciones del cielo, pues estamos convencidas de que por el amor y

unión espiritual que nos profesan, sus corazones se dan generosamente en oraciones, sacrificios y limosnas, por nuestra perseverancia en el camino de Dios.

Muchos conocen, especialmente cuantos han seguido por medio de la publicación de la revista “Es-

trella”, los pasos de la historia de la Obra, cómo nuestra Reverenda Madre tuvo la difícil misión de fundar esta Congregación, arrojando miles de dificultades y obstáculos, lo cual es el sello inconfundible de las obras de Dios. Camino de calvario, de cruz y de persecución fue el suyo; pruebas dolorosas y prolongadas eran su pan de cada día, en las que se la veía siempre per-



donar, callar y orar, esperando en Dios contra toda esperanza. Viéndole paso a paso en su vida impregnada de su heroico amor a Nuestro Señor y a las almas, es imposible no reconocer su excepcional virtud para soportarlo todo, de manera que conservó hasta el fin de su vida, la convicción inquebrantable de haber tenido la misión de sufrir injusticias, haciendo muy suyas estas palabras que repetía frecuentemente: “Ven-
cer el mal con el bien. Dar a la Justicia Divina todo lo que le niega el mundo.”

Caridad e Inmolación fue la vida de Nuestra Madre Conchita, enseñándonos con la palabra y el ejemplo a sufrirlo todo con alegría, amor a Nuestro Señor y celo por las almas, dejándonos bien marcado el camino esencial para el alma víctima: EL DOLOR... viviendo dichosamente escondida con Cristo en Dios. ¡Tarea de grave importancia!

Por lo tanto, suplicamos a todos ustedes amadísimos hermanos, encomendarnos de continuo al buen Dios en sus oraciones, para saber corresponder a la vocación que hemos recibido, con nuestra vida

de entrega generosa, siguiendo las huellas de nuestra Fundadora y Madre en este camino de cruz. Que no nos apartemos de estos ideales, que no permita huyamos del renunciamiento que conduce a la inmola-
ción en el cumplimiento del querer divino. ¡Cuánta necesidad tenemos de vuestra ayuda espiritual

a fin de poder llegar al término del cumplimiento en nuestra vocación!

Sin embargo, y a pesar de que la mayoría de nuestros fieles y queridísimos hermanos en Cristo, nos conocen a grandes rasgos, desconocen el fondo de nuestra existencia,

y lo que esencialmente

caracteriza nuestra vida de almas consagradas en esta misión de desagravio a la Justicia de Dios. He aquí unas breves líneas sobre nuestra misión en la Iglesia de Cristo.

En el artículo “La Perla de la Vocación” de nuestro modesto boletín, hemos ocupado precisamente algunos conceptos reflexivos que puedan ayudar a las jóvenes para dar con la clave de la vocación personal. Y hemos visto que el lla-



mamiento a la vida religiosa puede constituirse en dos partes: vida activa y vida contemplativa. Sin duda alguna, los candidatos para la vida de acción son numerosos, ya que viven más en contacto con el mundo. Por ejemplo, como nuestros sacerdotes y religiosas que ejercen su apostolado en cooperar con sus palabras, acciones, recursos y esfuerzos a la reconstrucción de la sociedad. Por otro lado, la vida contemplativa es de mayor alejamiento de ese mundo exterior para elevarse más íntimamente a ese “Huerto Cerrado” del que nos habla el libro del Cantar de los cantares, en la Sagrada Escritura. Mas, aun cuando el alma vive esa vida de unión con Dios, ejerce el apostolado. Quien tiene la caridad en su alma siente la necesidad de hacer el bien al prójimo, de trabajar por el alma de sus hermanos, de conservar en los demás lo divino que hay en ellos. Esta es la obra apostólica, este es el apostolado esencial en la vida religiosa y al que todos estamos obligados a colaborar.

Hay diversas formas de ejercer este apostolado. Está el apostolado de la oración, ya que la oración tiene una eficacia suprema para arrancar de Dios gracias y bienes. Está el apostolado de la cruz, del sacrificio y del dolor, que es la plegaria más elocuente que llega a lo más alto de los cielos penetrando en el

Corazón de Dios. Si la oración es eficacísima, el sacrificio lo es más, porque es una oración irresistible. ¡Dichosas las almas que ofrecen a Dios sus sacrificios por el bien de los demás!, ejercen un nobilísimo y fecundo apostolado.

Ciertamente Dios no necesita de nuestros servicios, porque su Humanidad Sacratísima es plenamente feliz a la diestra del Padre, pero si su Cuerpo real goza de felicidad en el cielo, su Cuerpo Místico se debate en medio de las asperezas y amarguras de la tierra. Los miembros del Cuerpo Místico de Cristo tienen
hambre y



sed, están anémicos, desnudos de obras meritorias ante Dios, necesitan consuelo. Por ellos, el mismo Jesús nos dijo: “Lo que hicieréis con el más pequeño de mis hermanos, lo hacéis Conmigo.” (Mt. XXV, 40) Entonces, al comprender esta doctrina, sentimos en lo íntimo de nuestra alma el anhelo inmenso de hacer el bien a nuestro prójimo.

Considerando de este modo el apostolado y así clasificado, puede decirse que las Mínimas somos de vida apostólica, debido a nuestra constante oración, nuestros sacrificios y los diversos modos de contacto con ustedes por el catecismo, las conferencias y publicaciones. Es verdad, tenemos esta parte de vida activa, pero nuestra específica misión es la vida contemplativa que se desarrolla por la adoración perpetua ante Jesús Sacramentado.

¿Para qué sirve la vida contemplativa?

Esta pregunta de ignorancia se escucha con frecuencia en personas seglares que no tienen ninguna noción de lo que significa este parti-



cular llamamiento de Dios al alma. Con profunda satisfacción venimos a contestar su pregunta que al parecer es de interés para muchos.

El mundo, que no entiende las cosas de Dios, pregunta con desdén: ¿Para qué sirven los contemplativos? Les respondemos. Para lo que sirven las flores, embalsamando el ambiente con sus perfumes y recrear la vista con sus espléndidos colores. Para lo que sirven las estrellas llenando de encanto nuestras noches. Para lo que sirve todo lo que es hermoso, lo que es noble y santo; para recordarnos que no nacimos para la tierra; para decirnos en medio de las miserias, dolores y pequeñeces de esta vida, que somos más grandes y que nacimos para cosas más altas. Para que no olvidemos que hay una patria eterna, y en ella, un Padre que nos espera con infinito amor y una

Madre que con su dulcísimo regazo nos brinda el descanso y la paz.

Las almas contemplativas ejercen en el mundo una función de equilibrio. Cuando el mal se extiende sobre la tierra y parece enseñorearse de las almas; cuando los gérmenes del error y de la iniquidad parece que van a hacer explosión y a precipitar en los abismos al linaje humano, Dios saca de los tesoros de su misericordia y de su amor a sus santos, en especial a sus contemplativos, y los envía a la tierra restableciendo el equilibrio.

Las épocas de catástrofes son épocas de contemplativos. Cuando el cisma de Occidente dividía a la Iglesia, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Sena brillaron en el mundo. El siglo del Protestantismo es el siglo de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Ávila y otros Santos. Cuando la aurora de la ensangrentada Revolución Francesa apuntaba en la historia, Nuestro Señor revela los tesoros de su Sagrado Corazón a Santa Margarita María. Siempre los justos salvan al mundo. La gran ley de la reversibilidad de los méritos, proclamada en el Génesis, es de constante aplicación: “No destruiré (a So-

doma) si en ella encuentro a diez justos.” (Gén. XXIX, 32) ¡Ay del mundo el día en que no tenga en su seno el número de justos exigidos por la misericordia de Dios! Ese día será abrasado sin remedio por el fuego de la Justicia Divina.

Dios se sirve de la acción para realizar su obra en la tierra; por medio de la acción ilumina, calienta, cura, fortifica y consuela a los hombres; la contemplación la guarda para Sí, para su descanso y sus delicias; es el jardín donde se recrea, la Betania donde mora, el santuario de su paz, el nido de sus amores, el trono de su gloria y su cielo en la tierra.



La mirada de Dios es la que sostiene al mundo; el día en que aparte de él sus ojos, el mundo se hundirá. Mas, esa mirada necesita donde posarse, necesita un oasis en medio del desierto. Las almas contemplativas son las depositarias de los secretos de Dios, las portavoces de sus palabras íntimas y amorosas.

Dejemos al mundo que sonría ante los santos, sus ojos están cargados de sombras, sus corazones son fríos e indiferentes. Nosotros, queridos fieles, que hemos recibido el espíritu de Dios, digamos llenos de admiración y gratitud: “¡Admirable es Dios en sus ángeles y en sus santos!”

Si por desgracia no comprendiéramos esto, entonces damos señales de no entender en absoluto la misión indispensable que tiene la Santísima Virgen María en la Iglesia, puesto que es Ella precisamente el modelo de la vida contemplativa.

Un día, el día sin ocaso de la eternidad recibiremos de los mismos labios de Nuestra San-

tísima Madre del cielo sus íntimas confidencias, y al asomarnos al arcano divino contemplaremos arrobados la maravilla inefable de la vida interior de Nuestra Señora que la mantuvo en una admirable vida contemplativa toda su existencia terrenal. Que así sea y conceda la gracia de imitación a cada una de sus hijas Mínimas que a Ella se encomiendan con profundo amor filial.

A los pies de ese Jesús Hostia, que vive como un centinela amoroso día y noche en sus Sagrarios de la tierra velando como el Buen Pastor, la religiosa Mínima tiene la misión de



consolarle perpetuamente, porque mientras los hombres se hunden en la noche de la iniquidad, Él continúa manifestándonos su infinito amor, y nosotros no hacemos sino devolverle olvido, indiferencia e ingratitud.

Renovando en nosotras su Pasión Mística, debemos sacrificar todo aquello que ante su divina mirada le da alivio. Por ejemplo dejar por una hora el descanso necesario, cuando más costoso es a la naturaleza cortar el profundo sueño de la noche; pero como esposa amorosa, la religiosa Mínima vuela

en busca del Amado que la llama. ¡Qué gracia y qué misión tan consoladora para el amantísimo Jesús, oculto en los Sagrarios! ¡Oh, si comprendierais este don de Dios...!

Si por ventura, querida joven, has entendido la sublime vocación de una Mínima, abre tu corazón a la gracia que Dios te concede, y síguelo a una vida de intimidad con Él. Podrás entonces exclamar como la esposa amante: “He hallado al que ama mi alma, le tengo y no le dejaré”. (Cant. III, 4) Así sea.



**Felicidades a nuestros Sacerdotes que el día
27 y 29 de junio celebran un año más
de su ordenación sacerdotal.**

**Que Nuestro Señor siga santificándolos para que
santifiquen a las almas que Dios les ha confiado
¡Vosotros sois la luz del mundo
y la sal de la tierra!**



Últimas noticias



El pasado mes de mayo hemos tenido la visita de nuestro Excelentísimo Señor Obispo Alfonso de Galarreta; y como el buen pastor, ha traído a nuestras almas la paz y la luz tan necesaria en el momento actual.

Igualmente ha bendecido los últimos trabajos realizados en el Vergel, dejando la sala de capítulo disponible para darle el uso deseado. Dios sea bendito.



El 10 de junio se realizaron las primeras comuniones anuales en el Templo del

Desagravio. Aquí la foto que fue tomada a los niños en compañía del Reverendo Padre Superior de Distrito.



Presentamos unas fotos de algunos jardines de la casa de la Madre de Dios, felicitando a nuestro esmerado jardinero Jorge (familiar de una de nuestras madres), dando gracias a Dios por todos los bienes que concede a nuestras almas elevándolas por encima de las cosas de la tierra con la contemplación de lo visible que gozamos por medio de la naturaleza.



No se olvide seguir cooperando con su ayuda para comprar un camión de arena, un poco de cemento, un metro de ladrillo y el pago semanal de los constructores de la finca del nuevo Convento en Chapala.

La Madre de Dios les pide una limosna, que recompensará brindándoles su Perpetuo Socorro.



Coro de voces angélicas de los niños del catecismo.

¡Sea para gloria de Dios!